

CUATRO LECCIONES SOBRE MURILLO

■ *El director de la Academia de la Historia, Diego Angulo, analiza la obra del pintor sevillano*

«Murillo ha sido objeto tanto de valoraciones excesivas como de una infravaloración injusta, según las épocas. Así en la primera mitad del siglo XIX era mucho más conocido que Velázquez y su fama fue decreciendo progresivamente hasta llegar a identificársele sólo como pintor de Concepciones y Virgenes con Niño. Además de sus grandes dotes como colorista, Murillo es el creador de un tema completamente nuevo en la pintura española de su siglo —el tema de los niños— y el precursor indiscutible de la pintura rococó del siglo XVIII».

En España, tras el Greco, Velázquez y Goya, no hay pintores que puedan considerarse superiores a él. Así ve al pintor sevillano el director de la Academia de la Historia, Diego Angulo, quien el pasado febrero impartió en la sede de la Fundación Juan March un curso sobre Murillo. Diego Angulo dedicó las cuatro lecciones, que acompañó con la proyección de diapositivas, a comentar la «Vida y obras juveniles» del pintor; la «Serie del Claustro de San Francisco y obras de esta época»; «Cuadros de San Antonio y series de Santa María la Blanca y de Capuchinos»; y la «Serie de la Caridad y temas profanos».

VIDA Y OBRAS JUVENILES

Bartolomé Esteban Murillo, nació en los últimos días de diciembre de 1617. Pasó su juventud en las proximidades del Convento de San Pablo de Sevilla. Vivió Murillo momentos difíciles para España: fue testigo de la gran emigración de Sevilla, de la peste que asoló la ciudad en 1649, de la guerra con Portugal, y del traslado a Cádiz, en 1648, del monopolio del comercio con las Indias. Murillo



DIEGO ANGULO estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Sevilla y se doctoró en la de Madrid, ampliando estudios después en la Universidad de Berlín, en el Centro de Estudios Históricos de Madrid y en el Museo del Prado, del que fue director. En 1925 obtuvo la cátedra de Historia del Arte de la Universidad de Granada, pasando posteriormente a la de Sevilla y en 1941 a la de Madrid. Diego Angulo es Director del Instituto «Diego Velázquez» del C.S.I.C. y miembro correspondiente de las Academias de Bellas Artes de San Fernando y de la Historia y, actualmente, director de ésta última. Ha publicado numerosos trabajos sobre la historia de la pintura española.

fue el menor de 14 hermanos. Su vida privada va a estar jalonada de infortunios y marcada por la soledad. Queda huérfano muy pronto. Se sabe que a los quince años pide permiso para embarcarse y marchar a América. Fue quizá en ese tiempo cuando inició su aprendizaje artístico con Juan del Castillo.

Su primer encargo importante es de 1646: la serie de cuadros para el Claustro Chico de San Francisco, que contribuye extraordinariamente a darle fama. Se trata de obras que se mantienen aún dentro del estilo zurbaranesco, si bien se percibe ya en

ellas un sello personal y la promesa de una nueva etapa en la escuela sevillana, dominada hasta entonces por Zurbarán.

Murillo se casa con Beatriz de Cabrera, de familia de plateros. Su fama como pintor sigue aumentando. En 1655 pinta dos cuadros importantes para la sacristía de la Catedral y al año siguiente el Cabildo le encarga el cuadro de San Antonio. Ausentes por entonces Zurbarán y Herrera el Viejo, Murillo se convierte en el gran pintor de Sevilla.

Católico creyente, hijo de su tiempo, Murillo era miembro de la cofradía del Rosario desde muy joven y, tras enviudar, ingresó en la Hermandad de la Caridad. Murillo murió con los pinceles en la mano, al caer de un andamio cuando se hallaba pintando los *Desposorios místicos de Santa Catalina* para los Capuchinos de Cádiz. Su vida se extinguió el 3 de abril de 1682. Fue enterrado en la Iglesia de Santa Cruz, de Sevilla.

SERIE DEL CLAUSTRO DE SAN FRANCISCO

Los dos frentes del Claustro de San Francisco se decoraron con dos grandes cuadros de Murillo: *La cocina de los ángeles* (Louvre) y *El tránsito de Santa Clara* (Galería Nacional de Dresde). Temas, éstos, siempre serenos, que reflejan una manifestación del amor a Dios, propio del sentir franciscano, a diferencia de los preferidos por los Mercedarios, de martirios y con un acusado dramatismo. En ambos cuadros Murillo sigue a Zurbarán trazando una línea recta que divide el cuadro en dos mitades claramente diferenciadas por la luz, separando el plano celeste del plano terreno.

Otro cuadro de Murillo de esta serie es un San Diego dando de comer a los pobres en la puerta del Convento, que sorprende por su gran naturalismo. En él se manifiesta plenamente el interés de Murillo por los niños, a los que sitúa en el centro del lienzo, y que van a constituir una constante del artista tanto en sus cuadros religiosos como profanos. Son también muy característicos de Murillo los retratos tan diferentes unos de otros en la representación de grupos. En *Fray Sebastián ante el Inquisidor*, se advierte un nuevo empleo de la luz, importante por tratarse de una obra tan temprana: hay una evidente diferencia de luminosidad y de desdi-

bujamiento según los planos, y una cierta perspectiva aérea.

Los pintores españoles no fueron muy dados a pintar a la Virgen sola o con el Niño, y cuando en el siglo XVII lo hacen Morales y otros artistas, ya Murillo había pintado muchas de las suyas. En una primera etapa la representa sentada en un banco, con el Niño sobre su regazo, con un cierto tono pesimista muy característico de las vírgenes flamencas. Progresivamente el manto caerá y dejará ver el talle de la Virgen y el Niño se irá incorporando y aparecerá desnudo. Se irá perfilando una mayor preocupación por la belleza juvenil (*La Virgen del Escorial*) y humanización: *La Virgen de la Faja*. Pocos artistas han logrado reflejar la expresión de dulzura y candor del Niño como lo hizo Murillo.

SAN ANTONIO Y SANTA MARIA LA BLANCA

El tenebrismo se apunta ya en cuadros anteriores a la serie de San Antonio: una *Sagrada Cena*, la *Magdalena*, la *Sagrada Familia* (Museo de Dublín), pertenecen a la etapa en torno al año de 1650. En este último lienzo aparece San José en primer plano, quizá por influencia teresiana (Santa Teresa tuvo una gran devoción por San José). Este es presentado como guía del Niño, quien, a su vez, constituye la pieza clave del artista en cuanto que representa la gracia y el juego.

Otro tema de fundamental importancia en el pintor sevillano es el de la Concepción, cuya representación es permitida gracias a la Bula pontificia que otorga el Papa en 1661. De la *Concepción Grande*, de Sevilla, en la que la Inmaculada triunfante está sobre una peana triangular de angelitos, Murillo irá variando progresivamente la escala de éstos hasta llenar con ellos grandes espacios del cuadro, con un estilo plenamente barroco.

En 1655 se le abren las puertas de la Catedral de Sevilla. Pinta un *San Isidoro* y las santas Justa y Rufina, mártires cristianas cuyo recuerdo del sacrificio se reduce en Murillo a la palma que llevan en la mano. *La imposición de la casulla a San Ildefonso* refleja una composición mucho más rica y una distribución oblicua de la luz muy propia del barroco.

En 1656 se le encarga un enorme lienzo para la Catedral: el *San An-*

tonio, que refleja un evidente desequilibrio de composición, si se le compara con lienzos de Roelas o de Herrera el Viejo: es una composición totalmente en diagonal; los ángeles del fondo de gloria adoptan las actitudes más movidas; la luz adquiere ya una función propia; no hay preocupación por el volumen de la figura sino por los contraluces, todos ellos, elementos claramente barrocos. En 1660 pinta *El nacimiento de la Virgen* (Louvre), que, desde el punto de vista pictórico y del tratamiento de la luz supone un paso importante con respecto al *San Antonio*. Es un interior en el que los planos de luz aparecen jerarquizados y en él la composición, en progresivo decrecimiento de derecha a izquierda, en forma triangular, recuerda mucho a Rubens.

En 1665 se encarga de la decoración de la iglesia de Santa María la Blanca, antigua sinagoga judía que fue reconstruida y pasó a depender del Cabildo de la Catedral. Con motivo de su inauguración, que coincidió con la concesión de la Bula Pontificia de la Inmaculada, decora la fachada del Marqués de Villamanrique. Los dos medios puntos de la nave central mayor representan la historia de la fundación de Roma (el Patrio y su mujer durmiendo, y el relato que éstos hacen al Papa acerca de su sueño). Los planos de luz y la composición decreciente denotan un considerable avance del pintor y una factura mucho más suelta, menos dibujada, de una enorme blandura, que ha originado el cliché del estilo vaporoso de Murillo.

SERIE DE CAPUCHINOS

De la Iglesia de los Capuchinos de Sevilla cabe destacar *Santa Justa* y *Santa Rufina*. La Virgen, en las obras de esta época, ha sufrido un enorme salto en su ejecución, respecto a las anteriores: la preocupación por el volumen, el sentido plástico de los pliegues y del contorno han dejado paso a un estilo más pictórico. *La Adoración de los Pastores* de este momento es un cuadro totalmente barroco, de contraluces muy evolucionados y de una blandura perfecta en la factura de la piel.

Pinta Murillo cuadros de tema infantil religioso: la infancia de Cristo, en la que el Niño es representado como Buen Pastor o como Niño dormido, o el San Juanito; temas, éstos, muy cultivados en el barroco del siglo XVII, y en los que Murillo está prelujiando el sentir del arte del siglo XVIII.

SERIE DE LA CARIDAD Y TEMAS PROFANOS

Para decorar el Hospital de la Caridad, construido por Miguel de Mañara, éste piensa en unos trabajos en torno a las obras de misericordia, que encarga a Murillo, y en otras serie de escenas sobre las postrimerías del hombre, para las que piensa en Valdés Leal. Murillo se inspira en motivos del Antiguo y Nuevo Testamento: *Milagro de pan y peces*, *Moisés en la Peña del desierto*, *El regreso del Hijo Pródigo* (este último en la National Gallery de Washington). Jesús visitando a un enfermo, La liberación de San Pedro, San Juan de Dios llevando un moribundo a cuestras, Santa Isabel de Hungría..., son otros de los temas que ilustran las obras de misericordia de esta Iglesia.

En 1668 recibe Murillo el encargo de decorar la Sala Capitular de la Catedral de Sevilla y el artista pinta una Inmaculada Concepción muy distinta de las de sus primeras épocas. El enorme movimiento y el esquema de *escorzos* confieren ahora a estos cuadros la cualidad de servir de anticipo, en cierto modo, de la sensibilidad rococó del siglo XVIII. Estas mismas características se reflejan en las Vírgenes con Niño, alejadas ya del esquema reposado rafaelesco del principio: *La Virgen Gitana*, *La Virgen cortada*; las *Sagradas Familias*, hoy en la Galería Nacional de Londres y en el Museo de Budapest; y otros muchos cuadros en los que Murillo muestra su perfecto dominio del juego de contraluces.

El capítulo de las escenas infantiles es el más importante de las pinturas profanas de Murillo, quizá porque su interpretación no tiene precedentes en la pintura española de su tiempo. Después de él, no encontraremos en la pintura de nuestro país un pintor de niños hasta Goya. La gracia, el juego, la alegría, son las tónicas dominantes de estas obras de temas intrascendentes, de escenas callejeras. Murillo pinta a niños pobres con realismo, pero sin poner de relieve su pobreza. Es la sonrisa y la ingenua malicia lo que le interesa reflejar en los niños. Y esto lo hace Murillo en Sevilla, un rincón de Europa que está en comunicación con los pueblos del Norte, en los que el tema de la alegría sí era muy cultivado. Cabe pensar en una influencia holandesa; pero, en cualquier caso, manifiestan cabalmente la extraordinaria capacidad creadora del pintor.